

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL
MODERNA



NO

522

MARIA CORDA

HARRY LIEPTKE

COMPETENCIA DE MODAS

OBAL, Max

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: | Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco - Mario Bistagne | TELÉFONO 18551

Año X BARCELONA N.º 522

Die Konkurrenz platzt, 1929 *

Competencia de modas

Comedia tomada de la obra de Franz Rauch.

Intérpretes: María Corda y Harry Liedtke
Marie Liedtke



Exclusiva de

E. González - Emelka - Madrid

Distribuída por

Balart y Simó

Aragón, 249

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

ESTER RALSTON

* Screen 'erie Germany, 219.339

Competencia de modas

Argumento de la película

El dibujante Jensen se hospedaba en uno de los mejores hoteles de la ciudad de Baden-Baden. Hacía poco tiempo había cobrado una herencia y gastaba sus últimos restos. En lo sucesivo debería volver a trabajar como antes, a ser un humilde confeccionador de figurines.

Tipo elegante y distinguido, Jensen apuraba sus últimas horas de hombre rico. Y aquella tarde se disponía a ir al hotel Savoy donde había un te de gala.

En el mismo hotel se hospedaba la bellísima señorita Gutman, dueña de una casa de modas de las más importantes de Berlín.

El conde Aranji, huésped en el mismo hotel, se había enamorado de ella. Gutman no conocía

a ese adorador silencioso que la contemplaba a menudo desde una de las mesas del comedor.

Aranji le había enviado una carta que decía así:

Distinguida señorita: Para la fiesta de esta tarde en el Savoy, me he permitido reservar una mesa que pongo a su disposición. Su gran belleza dispensará mi atrevimiento.

El conde Aranji.

La modista se echó a reír, complacida de que un noble la escribiera. Aunque no sabía quién era, no dejaría de aceptar la galante invitación.

—De todos modos el conde pierde el tiempo... Se ha equivocado si piensa que yo...

Entretanto el dibujante Jensen que se había mirado por última vez al espejo, recibía una carta comercial, procedente de Berlín.

Señor Jensen:

Muy Sr. mío: Le recuerdo el compromiso que tiene contraído con esta casa, aceptando el empleo de dibujante de modelos para vestidos, rogándole se presente cuanto antes.

Por la casa Gutman.

El Gerente,

Sanders.

Bueno. Iría al día siguiente. Entretanto pensaba divertirse lo mejor posible.

Salió al pasillo y se dirigió a telefonear al Hotel Savoy para que le reservasen mesa.

—Lo siento mucho, señor—le contestaron—. Todas las mesas están ya comprometidas. La última ha sido reservada para el señor conde Aranji.

Colgó el teléfono, malhumorado. Era un contratiempo no poder asistir a aquella gran fiesta de sociedad. Y era precisamente, el conde Aranji quien se había quedado la última mesa, el conde Aranji que era el huésped de la habitación de enfrente.

Al ir a regresar a su cuarto, vió abierta la puerta de la habitación del conde. Un criado decía al aristócrata:

—Señor conde, sus zapatos de charol los traerá inmediatamente el mozo.

Alejóse el camarero cerrando la puerta. No tardó en aparecer el mozo dejando junto a la puerta el flamante y charolado par.

Jensen que había presenciado todas esas maniobras sonrió pícaramente.

Acababa de ocurrírsele una idea maligna. ¿Por qué no llevarla a cabo? De esta manera inutilizaba al conde Aranji y él podría ir a ocupar su mesa.

Puso manos a la obra y apoderándose de los zapatos de charol corrió a ocultarlos en un armario. Y en seguida marchó al Savoy, dispuesto a ocupar el puesto del señor Aranji.

Llegó a la sala de té y haciéndose pasar por el conde, ocupó una mesa en la que había un letrero que indicaba estaba reservada para él.

Jensen estaba contento de su estratagema. No

podía haber dado mejor resultado. Así podría asistir al té danzante, siendo ésta la última fiesta de sus efímeros días de lujo.

Llevaba ya algún rato en la mesa cuando apareció una mujer, extraordinariamente hermosa y descotada. La modista Gutman.

Jensen a pesar de que tenía tratos comerciales con la casa Gutman no conocía personalmente a su dueña.

Sonriente, Gutman se sentó frente a él y le miró con alegre complacencia. Era simpático el conde, no pensaba que fuese un tipo así.

—Me parece, señor conde que es usted demasiado atrevido. ¿Cómo sin conocerme me ha invitado aquí?—le dijo.

El dibujante abrió unos ojos tamaños. ¿Qué diablos decía aquella mujer? ¿Quién era? Debería ser indudablemente alguna alegre aventura del conde auténtico, y Jensen no desperdiciaría esta ocasión pues la mujer valía la pena.

—Usted lo merece todo—le contestó, sonriente.

—¿Con qué derecho me ha escrito usted esa carta, señor conde?

Y le entregó el papel escrito por el aristócrata.

—Es usted tan bonita que no he resistido a la tentación de invitarla.

—Yo no soy una mujer fácil, se lo aseguro.

—Ni como a tal la considero. Para mí es un inmenso honor estar con la mujer más bella de Europa.

—Tan galante como atrevido.

—Es mi costumbre... Pero, ¿quiere usted que bailemos, señorita incógnita?

Danzaron, se hicieron los mejores amigos del mundo... Ella, sonriente, gustaba de mantener en



—Es usted tan bonita que no he resistido a la tentación de invitarla.

secreto su personalidad de modista y su nombre; él sonreía viéndose llamado señor conde a cada instante, y sin querer confesar su verdadera personalidad.

Pasaron una tarde deliciosa. Regresaron anochecido a su hotel.

La coincidencia de vivir los dos en la misma pensión, les emocionó.

—¿Cómo se le ocurrió escribirme?—preguntó ella.

—Porque la ví a usted en el gran comedor...



... se hicieron los mejores amigos del mundo...

y ¿quién no se fija en lo mejorcito del mundo?

Realmente, Jensen no había comido ningún día en el hotel, prefiriendo hacerlo en los otros restaurantes de la ciudad, pero él no se volvía atrás en cuestiones de inventiva.

Se detuvieron unos instantes en la terraza del hotel.

—¿Me permite usted que la felicite por su vestido tan elegante?—le dijo Jensen.

—Muchas gracias.

—Sólo hay un traje que superaría al que usted luce, y que me permite recomendarle. Voy a dibujárselo.

Y allí mismo en cuatro rasgos geniales dibujó en un papel una figura de novia, y le regaló el apunte.

Ella sonrió como si entendiese demasiado el simbolismo.

—¡Un traje de novia! Esto no se puede llevar cada día aunque una quiera...

—Queriendo puede llevarse una vez en la vida.

—¿Quién sabe!

Se miraron con una dulce sonrisa de complicidad.

—Bueno, señor* conde—siguió diciendo ella.

—Aquí termina nuestra pequeña aventura. Debemos separarnos ya... Precisamente yo he de marchar esta noche a Berlín.

—¡Casualidad! También yo tengo que marchar muy pronto a Berlín. ¿Quiere usted que nos volvamos a ver allí? ¿Le parece bien el jueves próximo a las siete y media de la tarde delante del café del Jardín Zoológico?

—No faltaré.

Se despidieron cariñosamente con el íntimo deseo de continuar la aventura.

Jensen regresó a su cuarto y se preguntó sonriente:

—¡Es encantadora esa mujer! ¿Quién será?

También la modista pensaba en aquel amigo de una tarde.

—¡Qué conde más simpático! Me gustará volverlo encontrar en Berlín.

Entretanto el verdadero conde Aranji llegaba al Savoy después de haber perdido más de una hora en el hotel buscando afanosamente los zapatos desaparecidos.

—¡Esto es intolerable! ¿Se puede saber dónde están mis zapatos?—decía.

No se puso en claro el asunto... y al fin, después de probarse innumerables pares usados que habían dejado otros huéspedes, consiguió dar con unos que le iban bastante bien y corrió precipitadamente al Savoy.

Preguntó desconsolado sobre si habían visto a una señora en la mesa reservada al conde, y le respondieron:

—Sí, la señora que ha ocupado esta mesa se ha marchado hace rato con un caballero.

Furioso salió a la calle y estuvo rondando gran parte de la noche, maldiciendo su mala estrella.

* * *

A los pocos días, Jensen llegaba a Berlín y se dirigía a la elegante casa de modas "Gutman".

La dueña de la casa de modas era la bellísima señorita Gutman, la misma hermosa mujer

que había en Baden-Baden enloquecido de amor al verdadero conde y al falso.

Ignoraba Jensen la sorpresa que iba a tener, y lo mismo le ocurría a Gutman que no podía concebir siquiera que el elegante conde de la aventura en el Savoy pudiese ser un triste dibujante.

Aquella tarde, el gerente Sanders recibió la visita de Jensen.

—¡Ah! ¿Usted es el señor Jensen? ¡Bienvenido!

—Sí. Traigo algunos dibujos de modelos originales que podrán confeccionarse para exhibirlos en la próxima exposición.

—Muy bien. Nos convienen refuerzos. Hace tiempo que sufrimos la competencia de nuestro vecino, la casa Lyón y Compañía, que copia cuantos modelos presentamos.

Jensen fué mostrándole los diferentes dibujos hechos por su mano genial.

—¡Estupendo! Esclavina azul... resto tórtola... ¡Fantástico, querido, fantástico! Si con estos modelos no vencemos que me cambien de nombre. Pablo Lyón reventará de envidia. Voy a anunciar su llegada a nuestra directora.

Regresó al cabo de unos instantes diciendo:

—La señorita Gutman le espera.

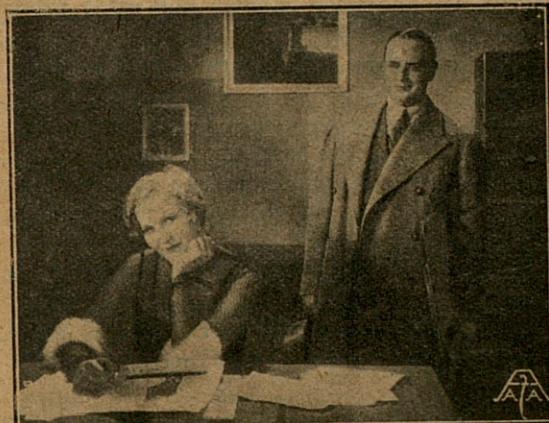
Soriente, Jensen dirigióse a un coquetón despacho.

Su sorpresa fué indescriptible al reconocer en la directora a la misma elegante mujer de la aventura del Savoy... También ella dió un paso

atrás, contemplándole con desencanto y extrañeza...

—¡Pero usted... usted! ¡Un dibujante! — le dijo con profunda desilusión.

Hubiera querido Jensen que se lo tragase la



... dirigióse a un coquetón despacho.

tierra. ¡Malditas coincidencias, malditas casualidades que rigen los destinos del mundo!

—¿Cómo se atrevió a presentarse ante mí como conde? —agregó ella sulfurada y creyendo haber sido objeto de una broma soez.

—Perdóname, señorita! —dijo Jensen reposiéndose—. Quien me honró con ese título fué usted.

La damita paseaba nerviosa por la habitación. No podía tolerar que aquella aventura tuviese tan grotesca continuación.

—Señor Jensen—dijo nerviosamente. —Usted reconocerá que después de lo ocurrido, por delicadeza, yo no puedo aceptar que usted preste sus servicios en esta casa.

—Lo considero muy natural—replicó sin inmutarse.

—Sin embargo, no quiero perjudicarle... Cobrará usted su sueldo hasta fin de mes...

—Señorita, yo aunque no soy conde ni millonario, tampoco me veo en la necesidad de aceptar. ¡Buenos días!

Y se marchó orgullosamente, manteniendo su altivez, mientras Gutman se consideraba dos veces humillada: primera al ser engañada en el hotel, ahora al negarse él a aceptar la mensualidad.

¡Orgulloso... más que orgulloso!... Y lo malo era que a pesar de todo, aquel hombre tenía no sé qué de interesante, de seductor, de perturbador...

* * *

Jensen dirigióse en busca de un alojamiento cómodo y barato. Subió al imperial de un autobús para dirigirse a un barrio extremo.

Sentóse al lado de un individuo que iba car-

gado con una gran caja en la que había pintado este nombre “Casa Lyón y Compañía”.

Jensen recordó que aquella casa era la rival de Gutman. ¿Por qué no probar de dirigirse a aquella? Acaso allí tuviese mejor suerte, y de esta manera haría pagar cara a la orgullosa señorita su intempestivo desdén.

—Permítame—preguntó a su vecino. —Usted es mozo de la casa Lyón y Compañía, ¿verdad?

—¿Qué es eso de mozo?—contestó con indignación. —Pablo Lyón, es pariente de un primo de mi difunta y si yo le presto alguna vez mis servicios es por complacerlo.

—Bien, amigo... Tome... y perdone que le haya confundido.

Y le dió un hermoso habano, de los pocos que le quedaban ya de su época de esplendor.

La conversación estaba ya iniciada, y Jensen con aquel don de persuasión que le caracterizaba, propuso al mozo que le presentase al señor Lyón.

El era dibujante y deseaba mostrar a Lyón unos modelos estupendos.

El primo de Lyón aceptó encantado la idea. Además Jensen le propuso darle una gratificación si le conseguía el empleo.

Entretanto, la señorita Gutman comenzaba a arrepentirse de haber dejado escapar a Jensen... Dos motivos igualmente sensibles le hacían lamentar su determinación... La perdida del dibujante, y del galán que una tarde le había hecho soñar cosas deliciosas... ¿Qué importaba

que no fuese aristócrata? ¡Si era el alma, el carácter, la alegría de él lo que le seducían!

—¡He sido una tonta dejándome escapar a Jensen! —dijo al gerente — ¿Como hubiera rabiado Pablo Lyón!

—¡Catastrófico, señorita, catastrófico! Si al menos nos hubiéramos quedado con los dibujos. ¡Catastrófico!

Gutman quiso enmendar su yerro y comenzó a redactar una carta de excusa.

Pero no quiso humillarse hasta ese extremo y rompió con ira el escrito. Las cosas estaban ya hechas. No podía volverse atrás.

Mientras, Jensen y el mozo llegaban a la casa de modas Lyón, situada precisamente frente a la antigua casa Gutman.

El señor Lyón estaba de un humor de todos los demonios. Contemplaba a sus modelos y arrugaba el ceño con disgusto.

—¿Cómo es posible que con estos modelos me den ningún premio en la exposición? —decía a sus empleados. — Esto no es gusto ni cosa que se le parezca.

Jensen y el mozo entraron en la tienda y vieron discutir violentamente al dueño.

—Paréceme que el señor Lyón está hecho hoy un león —dijo Jensen.

—Voy a hablarle. No se mueva de aquí.

Y el lejano parente del dueño habló con éste acerca del dibujante.

—Bendix, déjame en paz... Ya sabes que yo

no recibo visitas de negocios más que los lunes... —dijo Lyón.

—Pero es que ese joven trae unos modelos divinos. Yo los he visto y le aseguro que no hay cosa mejor.

—En fin, veamos.

Avanzó hacia Jensen con cara de pocos amigos.

El dibujante mostró al señor Lyón los modelos que llevaba de prueba y al dueño le parecieron excelentes, como nunca había visto cosa igual.

—¡Esto me gusta, joven!... Creo que nos entenderemos...

Concretaron las condiciones. Jensen exigió un buen sueldo que Lyón no tuvo inconveniente en dar.

—Conformes pues del todo, señor Jensen... Queda usted aceptado. Ahora déme usted las señas de su domicilio.

—Acabo de llegar a Berlín. Voy a buscar hospedaje. Siempre he vivido en el extranjero.

—Bendix, el señor no tiene alojamiento. Búscale uno cerca de aquí, pues desde este momento queda al servicio de la casa.

—¡Encantado de poder serle útil!

Marcharon Bendix y Jensen, mientras el viejo Lyón quadaba frotándose las manos. La cosa iba a cambiar, señorita competidora.

Bendix acompañó a su nuevo amigo al barrio donde él vivía.

—Ya ha visto usted mi influencia, el viejo me hace mucho caso.

Llegaron a una modesta casita.

—Tengo una habitación disponible. ¿Quiére usted aceptarla?



—*Esto me gusta, joven!*

—De mil amores.

—En esta mi casa que es la suya, estará usted muy bien. Baño, radio, calefacción... y muy cerca del establecimiento.

Le mostró el piso que a Jensen le pareció sencillo, pero limpio y confortable. Nada, se quedaba a vivir allí.

Apareció una bella mujer de unos veinte años.

—Es mi hija Erika—explicó Bendix—, empleada también en la casa Lyón, el maniquí preferido... Erika, te presento a nuestro huésped, el señor Jensen, el nuevo dibujante de la casa Lyón, algo maravilloso.

—¡Oh, no tanto, no tanto!...

La muchachita le estrechó la mano y habló con él unos momentos. Luego colocándose el sombrero se dispuso a marchar.

—Pero, ¿dónde vas?—le dijo su padre.

—Sanders me ha invitado para tomar el te con él esta tarde.

—¡Pero habrá visto! ¡Sanders, nuestro competidor, acompañando a mi hija! ¿Qué le parece?

—Cosas del amor... Con él nadie juega.

Erika le agradeció con una sonrisa sus palabras y marchó precipitadamente.

El señor Bendix se lamentó de su mala suerte.

—Esta chica será la causa de que me hagan pronto un mausoleo.

—No se preocupe.

—Suerte tengo de la radio que me distrae... Mire, ahora le toca la sesión de América.

Jensen tuvo que aguantar un insopportable concierto de radio. Pero de pronto, se acordó de algo que con todas las trifulcas de aquel día, había olvidado.

Recordó la cita que allá en el hotel Savoy dió él a Gutman para esta misma tarde del jue-

ves a las siete y media frente al café del Jardín Zoológico.

¿Pero, iría aquella hermosa mujer después de lo ocurrido? Había noventa probabilidades de que dejaría de asistir... Pero, ¿y si fuese, y si ella, olvidando el incidente, volviera a ser la amiga cariñosa de aquella tarde?

Consultó su reloj. Eran ya más de las siete y media. Desesperado, se despidió del señor Bendix quien de todas formas quería hacerle oír un infernal jazz de Nueva York.

—Perdóneme, señor Bendix, pero me esperan a las siete y media.

Salió a la calle. Tomó el autobús. Cinco minutos después al pasarle a cobrar el billete, supo que se había equivocado de vehículo. Para ir al Jardín Zoológico debía tomar el número 12 no el 24. Y malhumorado, pues el tiempo pasaba volando, subió a otro autobús que al cabo de un largo cuarto de hora le llevó a la entrada del Jardín.

Erika y Sanders eran novios. Para ellos nada significaba la competencia comercial de las dos casas de modas. El amor está por encima de esos mezquinos intereses comerciales.

Habían ido al Café del Jardín Zoológico donde merendaron. Vieron con profunda extrañeza pasear largo rato, ante la terraza, a la señorita

Gutman... ¿Qué haría allí la hermosa mujer?

Gutman se había acordado también de la cita convenida con el supuesto conde Aranji. Largo rato estuvo pensando en la conveniencia de ir o dejar de ir a la entrevista... Pero triunfó más su alma de mujer que le llevaba fatalmente en busca del amor... Y olvidando engaños, deseando reconciliarse con Jensen, admitirle otra vez con todos los honores en la casa, dirigióse al Jardín Zoológico.

Consultó innumerables veces su relojito pulsera. Avanzaba el tiempo con rapidez. Pasaron cinco, diez, quince minutos. El furor y la indignación de Gutman al creerse burlada, crecían.

Finalmente a las siete menos cinco tomó un taxi y volvió al centro de la capital. ¡Embustero! ¡Nunca más querría saber nada de aquel hombre! Encima de haberla engañado, adornándose con un título de falsa nobleza, dejaba de acudir a la cita, faltando a su palabra de caballero.

Erika y Sanders comentaron la actitud de la modista. ¿A quién habría esperado la elegante joven?

Los novios se levantaron del café. Pensaban pasar el resto de la velada en el cine.

Iban a subir al tranvía, cuando vieron a Jensen que se detenía ante la terraza, consultando con impaciencia su reloj.

Erika y Sanders ataron inmediatos cabos. Y ella, más atrevida y decidida, vanzó hacia el huésped de su padre y le preguntó sonriente:

—¿Acaso busca usted a la señorita Gutman?
—Yo no busco a nadie. Me paseaba por aquí —respondió con indiferencia.

—Pues es raro, porque ella ha estado aquí hace un momento y al parecer esperaba a alguien...

—Sí?

Su corazón dió un vuelco. Indudablemente Gutman se interesaba por él. Lamentó su mala estrella, haber llegado tarde... Y despidiéndose de los novios, se dirigió a pasear por las principales calles con la esperanza de encontrar a la dulce mujer que a pesar del engaño, había acudido puntualmente a la cita.

Se daba cuenta de que no podía borrar de su memoria el recuerdo de aquella criatura... Y era él el que debía humillarse, nadie más que él puesto que había aparecido por primera vez usurpando la personalidad del verdadero conde Aranji.

Estaba dispuesto a darle una satisfacción. Y entretanto soñaba con los encantos indecibles de aquella mujer, rubia y escultural como nunca había conocido otra.

* * *

Al día siguiente, el señor Sanders hablaba a la señorita Gutman, que ya se había enterado de que Jensen estaba empleado en la casa Lyón.

—Anoche he hablado con el señor Jensen.—le dijo el gerente.

—¿Usted? ¿Dónde?

—Paseaba por delante del Jardín Zoológico y parece que esperaba a alguien.

—De veras? ¡Qué extraño!

Y para evitar que descubriese su turbación fijó los ojos en unos álbums de figurines. Pero nada veía... Se sentía profundamente emocionada. Entonces Jensen no la había olvidado, cumplía su palabra de caballero. Sintió un dulce desfallecimiento de emoción.

Llamaron al teléfono.

—Soy Jensen—dijo con voz varonil.

—¿Usted?

El la telefoneaba desde la casa de modas de Lyón.

—Unicamente quiero disculparme por haber llegado tarde a la cita.

A pesar del cariño que sentía hacia él, la modista no quiso demostrárselo. Recordó lo que antes le había manifestado Sanders. Jensen era ahora dibujante de la casa rival, Lyón y Cia.

—No tiene usted por qué disculparse—contestó con voz dura—. ¿Puede usted suponerse siquiera que yo he llegado a ir?

—¿No? Yo creía lo contrario.

—Pues anda muy equivocado. Y le felicito por su nuevo empleo, en la casa de modas de Lyón y Compañía.

—Muchas gracias. ¿Se ha enterado usted ya?

—Todo lo sé...

—Entonces para la próxima exposición, vamos a ser competidores.

—Así parece.

Ella colgó el aparato. Estaba nerviosa, disgustada contra sí misma. Le parecía ya imposible hacer nunca las paces con Jensen. Ella no era mujer que se supiese humillar.

También Jensen estuvo de profundo mal humor durante todo aquel día. No se le iba de la memoria el recuerdo de Gutman.

Era bonita la modista... tan bonita como orgullosa. ¿Cómo vencer ese orgullo?

Ya que ella lo había querido, habría guerra... Lucharían en el terreno comercial y sería como si lo hiciesen en el terreno del amor.

Habían pasado varios días. Aumentaba la rivalidad entre las dos casas competidoras.

La casa Lyón que siempre se había distinguido por su elegancia en los modelos, batía ahora el record de la distinción... Presentaba figurines espléndidos debidos al lápiz indudablemente genial de Jensen.

Por su parte, Gutman daba órdenes para realizar también campañas brillantísimas.

—Es necesario a toda costa vencer a la casa rival, Sanders—decía al gerente. — Procúrese los mejores dibujos. No le asusten los gastos.

Pero a pesar de que Sanders buscaba a los mejores dibujantes de la ciudad, tenía que confesar que ninguno de ellos poseía la originalidad, la elegancia, la distinción de que hacían ahora alarde los modelos de la casa Lyón.

Y ante esta desconsoladora realidad, se encontraba de malísimo humor. Además se acrecentaba su furor al conocer que muchos de sus clientes, habían ido a comprarse trajes en el almacén vecino.

—Pero, ¿qué deben dar ahí enfrente?—decía Gutman.

—Yo no sé, pero desde que Jensen está en la casa, aquello es una mina.

—Jensen, siempre Jensen.

Le odiaba y le amaba al mismo tiempo... Se sentía indignada ante la conducta de él, pero se aplacaba su ánimo al recordar al elegante joven del hotel Savoy, y al pensar que también Jensen había ido a esperarla al café del Jardín Zoológico.

No le había vuelto a ver, pero estaba ansiosa de hablarle.

—Voy a ir yo personalmente a ver que hacen en casa de Lyón—decidió.

Y hacia allá encaminó sus pasos. Llegó en el preciso momento en que el señor Lyón estaba admirando varios de los nuevos modelos, copiados según los dibujos de Jensen.

Lyón se hallaba con su dibujante... Estos contemplaron asombrados a la modista rival que se dignaba trasponer aquellos umbrales.

—Esconded todos los modelos que viene la competencia! —gritó Lyón.

Gutman, sin perder su firmeza, dijo entonces al señor Lyón:

—Quisiera elegir un vestido para mí, de los de última moda.

Lyón demostró gran nerviosidad y fué a consultar el caso a Jensen que se había retirado a un rincón de la sala.

—¿Qué vamos a hacer, Jensen?

—No se preocupe. Le enseñaremos las últimas modas... del año 1892.

Lyón y Jensen salieron, dejando a la bella rival en espera de los figurines.

Minutos después aparecían éstos con grotescos trajes del fines del siglo XIX.

Lyón y Jensen volvieron al lado de la damita, dispuestos a hacer irónicamente la propaganda de sus creaciones.

—Siendo para mi uso personal, encuentro estas modas demasiado antiguas —dijo ella sin inmutarse.

—No podemos servirle otra cosa —contestó el joven con seriedad.

—Usted no me ha comprendido aún, señor Jensen —agregó mirándole con sus grandes ojos apasionados. — Lo que yo deseo es un vestido completamente original; hecho exprofeso para mí.

—Señorita, yo para usted no puedo dibujar, pero si confeccionar sobre su cuerpo ese vestido que usted desea. Y aun lo hago en obsequio de

nuestra antigua amistad —dijo recalcando sus palabras.

—Encantada, señor Jensen.

Lyón quiso oponerse a aquel trabajo, pero Jensen le convenció de que era necesario hacerlo.



—No podemos servirle otra cosa.

Entró la modista en una salita quitándose el vestido y quedando en fina ropa interior.

¡Qué hermosa estaba! En aquel instante, Jensen olvidándolo todo, la adoró con locura, pero vióse obligado a reprimirse no queriendo aparecer vencido. Con varias telas de ricos colores empezó a confeccionar sobre el cuerpo delicioso

de la modista, un elegante vestido de "soiréé".

Ella le miraba sonriente... Se sentía rendidamente enamorada del dibujante. A pesar de la competencia, de que aquel hombre le hacía todo el daño posible en el terreno comercial, ella le quería con todo su corazón.

—Está usted muy nervioso—dijo Gutman riendo.

—Nada de nervios. Para los modistas, cuando trabajan, todas las mujeres son iguales.

Prendido con alfileres pronto quedó arreglado el hermoso vestido.

Llegó el señor Lyón quién no pudo menos de felicitar a su dibujante por aquella nueva creación artística. ¡Lástima sólo de destinataria!

—Es usted un hombre de gusto encantador—dijo Gutman. — Y oiga usted, señor Lyón, ¿cuándo me podrán entregar terminado este vestido?

—Hasta después de la exposición, imposible. Hay ahora mucho trabajo.

—Yo pensé que después de la exposición... tendrían más.

Y riendo volvió a vestirse y abandonó la casa del modista.

—¡Adiós, señor Lyón!... Y adiós, señor Jensen!... Son ustedes hombres de incomparable gusto. Me he convencido por mis propios ojos. Pero les aseguro que les venceré en la próxima exposición...

Y marchó haciendo resbalar sobre Jensen el diamante de su mirada sin par.

* * *

Los preparativos para la gran exposición de modas que iba a celebrarse en el Palacio del Vestido, eran extraordinarios.

Jensen dirigía las obras del stand de la casa Lyón, situado precisamente en frente del stand que tenía la casa Gutman.

Y llegó el día de la inauguración. La casa Lyón, presentó diferentes cuadros, comparativos de la moda pasada y de la actual en las distintas esferas de la vida de sociedad. Así en trajes de baño, de soirée, de campo...

Todo a la perfección... Los figurines eran modelos vivientes... Entre los que debían representar el principal papel, figuraba Erika, la novia del gerente de la casa rival Gutman.

Poco antes de llegar el Jurado, el gerente Sanders sin que nadie le viera, se dirigió a hablar con Erika á uno de los despachitos del stand de Lyón... Los dos estuvieron hablando largo rato, soñando en su bello futuro.

Apareció de pronto el señor Lyón y los novios se ocultaron sin ser vistos, tras de una mesa.

Lyón estaba nervioso. Merendaba sin apetito en espera del momento en que viniese el Jurado.

Uno de los criados le advirtió que llegaban los miembros del Jurado, y Lyón cerrando con llave la puerta del despacho, corrió a dar órdenes para que todo estuviese a punto.

Erika y su novio se contemplaron con espanto. ¿Cómo hacerlo ahora para salir, sin que se descubrieran sus relaciones? Prefirieron aguardar allí.

Lyón y Jensen arreglaron los diferentes departamentos del stand y los cuadros resultaron excelentes. Pero algunos quedaron incompletos por faltar en ellos la figura de Erika que había desaparecido misteriosamente y con la que no era posible dar.

Y como el Jurado no podía aguardar a que buscasen a la modelo, prosiguió su camino y se detuvo ante el stand de la bella Gutman... La modista presentaba un sólo modelo: ella misma vestida de novia, figurando que salía de la iglesia, con un traje tan radiante y divino que fué la admiración de aquella agrupación de artistas.

Estos se retiraron para continuar su visita de inspección.

Jensen admiró el buen gusto de la modista rival, y le pareció recordar que él había dibujado el modelo de aquel vestido aquella famosa tarde, en Baden-Baden.

El señor Lyón, furioso por el éxito que al parecer había obtenido la modista, se dirigió hacia ella y le trató en mala forma diciendo que

ella había ido a su casa a robarle los modelos... Incluso llegó a amenazarla.

Gutman estuvo a punto de echarse a llorar al verse tan duramente tratada, y Jensen corrió en su auxilio.

—Señor Lyón—dijo enfurecido y cogiéndole por la solapa, sin poder contenerse—. Usted olvida que habla con una señorita y yo no puedo consentir...

—¿Usted se pone de su parte? ¡Muy bien!... Pues queda usted despedido.

—Ya no me importa.

Y Gutman miró con su dulce sonrisa al dibujante.

—Muchas gracias, señor Jensen, por lo que ha hecho por mí.

—A un simple dibujante, no merece la pena que se le den las gracias.

Y saludando cortesmente se alejó de allí.

Lyón que estaba indignado por todo lo sucedido, volvió a abrir el despachito de su stand, y encontró a Erika y a Sanders... Insultó rabiosamente al gerente de la entidad rival y puso además a la modelo de patitas en la calle. Esto le enseñaría a no dejar de acudir en el momento oportuno.

Media hora más tarde se dictó el fallo del Jurado, quien concedía el primer premio a la bella Gutman.

Lyón volvió a su casa de modas, con un disgusto profundo. Jensen que había evitado ver

más a Gutman se dirigió a visitar a su principal al que pidió la cuenta...

Lyón se negó a dárse la. No, no. Ya que habían perdido, debían procurar no abandonarse por completo. Era ahora más necesaria que nunca la presencia del dibujante... Pero Jensen, en furecido, disgustado por la brutalidad que había demostrado Lyón contra la modista, se negó un instante más a continuar.

—Pues entonces hemos terminado. Le liquidaré a usted... y buen provecho le haga—dijo Lyón.

Hizo la liquidación, pero como ya le había adelantado varias cantidades, resultó que Jensen aún le debía seis marcos...

Y Jensen, después de pagar con una sonrisa burlona aquella cantidad, se despidió de la casa, marchándose hacia la de Gutman.

Estaba decidido a dar un gran paso. Había visto antes a Gutman vestida de novia, reconociendo este traje como el mismo que él había dibujado una vez.

El recuerdo de aquellas horas gratas emocionó su corazón y quiso pedir perdón a su amiga y hacer definitivamente las paces con ella. Gutman la recibió con sincera emoción.

—No esperaba su visita, francamente... pero me alegro que haya venido.

—Gutman, necesito explicarle a usted todo lo ocurrido... desde que nos conocemos... No quiero que tenga usted un mal concepto de mí... Si me hice pasar por conde, fué para poder en-

contrar mesa ocupando la reservada al verdadero conde Aranji. Pero ignoraba que usted tuviera que presentarse allí.

Ella agradeció con toda su alma la explicación.

—¿Me perdonas, Gutman? Le advierto que acabo de marcharme de la casa Lyón, que no estaré más al lado de un hombre que maltrata a una mujer.

—¡Ya lo creo que le perdonó!... Y yo le debo también una sincera explicación... Usted merece el premio... porque el figurín que lo ha obtenido, me lo dibujó usted aquella noche en el hotel.

—Lo sabía... pero el dibujo es propiedad de usted... De todos modos, me alegro que haya vestido usted un traje de novia.

—Gracias.

—Y ese vestido que hoy ha llevado tan graciosamente, ¿va usted a dejarlo arrinconado para siempre? ¿No querrá usted... casarse para poder vestirlo con propiedad?

—¿Casarme? ¿Pero con quién?

—Gutman... si la quiero a usted... si la quiero desde aquella noche...

Ella dió un grito de alegría.

Pero Jensen... ¿es verdad esto? Es que yo también... desde entonces... a pesar de todo lo que nos ha separado, le adoro a usted.

—¡Y pensar que nos lo habíamos callado tantamente!

Sus labios sonrientes se unieron en una larga caricia.

La cosa fué rápida. Semanas después se efectuaba el matrimonio. Y la casa Gutman, pasaba, con gran desesperación por parte de Lyón, a ser "Gutman y Jensen".

Y no era aquella la única boda. Sanders se casaba también con la modelo Erika que había ingresado como empleada en la nueva razón social, lo mismo que el padre de ésta, el buen Bendix, a quien Jensen le daba un sueldo importante, agradecido a sus gestiones.

FIN

Mañana, en las

**Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
El dios del mar**

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Cañot, 1

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
